

The book cover features a stylized illustration of a person's arm and hand resting on a dark wooden chair. The person is wearing a grey long-sleeved top with a red floral pattern. The background is a dark red color with diagonal black lines. The title 'LOS MOCOS DE LA FURIA' is written in large, white, hand-drawn letters across the top and middle of the cover.

LOS MOCOS DE LA FURIA

LILIANA BODOC
MARÍA WERNICKE

argentina

siglo xxi editores

www.sigloxxieditores.com.ar

clave intelectual

www.claveintelectual.com.ar

guatemala 4824, c1425bup, buenos aires

méxico

siglo xxi editores

www.sigloxxieditores.com.mx

cerro del agua 248, romero de terreros, 04310, ciudad de méxico

españa

siglo xxi editores

www.sigloxxieditores.com

clave intelectual

www.claveintelectual.com

calle recaredo 3, 28002, madrid

Bodoc, Liliana

Los mocos de la furia / Liliana Bodoc; editado por Laura Leibiker; ilustrado por María Wernicke.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2024. Libro digital, PDF- (Cosas que nunca olvidé)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-327-5

1. Literatura Infantil. 2. Literatura Infantil y Juvenil. I. Leibiker, Laura, ed. II. Wernicke, María, ilus. III. Título.
CDD A860.9282

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización de la editorial.

@ 2024, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

www.sigloxxieditores.com.ar

@ 2024, del texto: Liliana Bodoc

@ 2024, de las ilustraciones: María Wernicke

Primera edición: marzo de 2024

Dirección general: Carlos E. Díaz

Dirección editorial: Laura Leibiker

Diseño de tapa e interior: Olifant - Valeria Miguel Villar

Producción: Damián Kaczulak

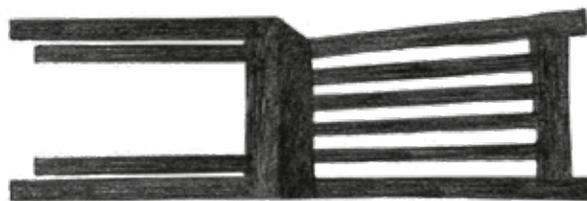
ISBN PDF: 978-987-801-327-5

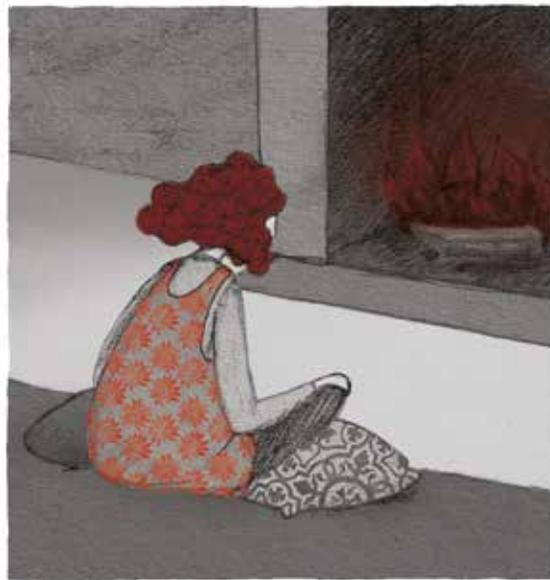
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

LOS MOCOS DE LA FURIA

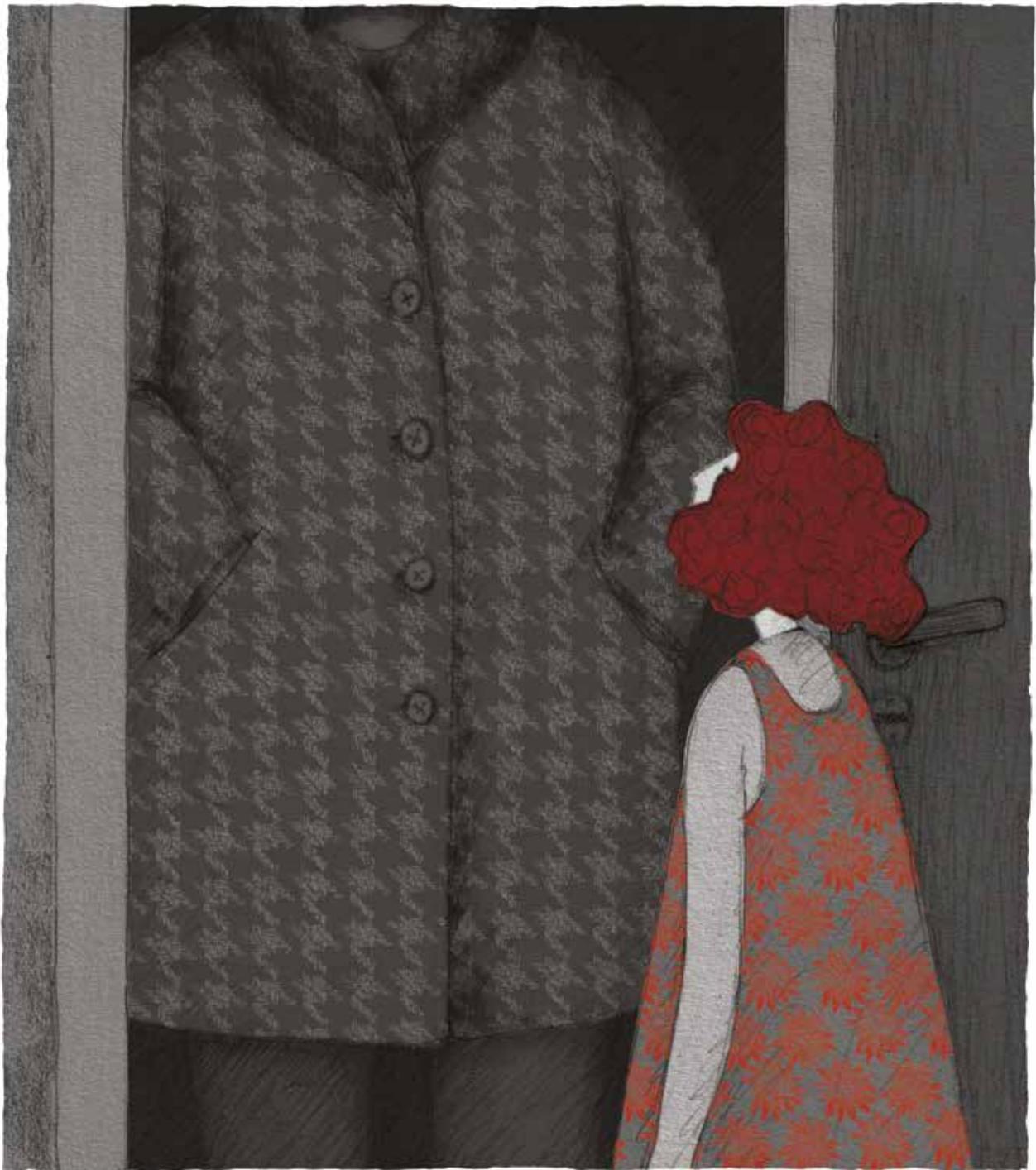
LILIANA BODOC MARÍA WERNICKE

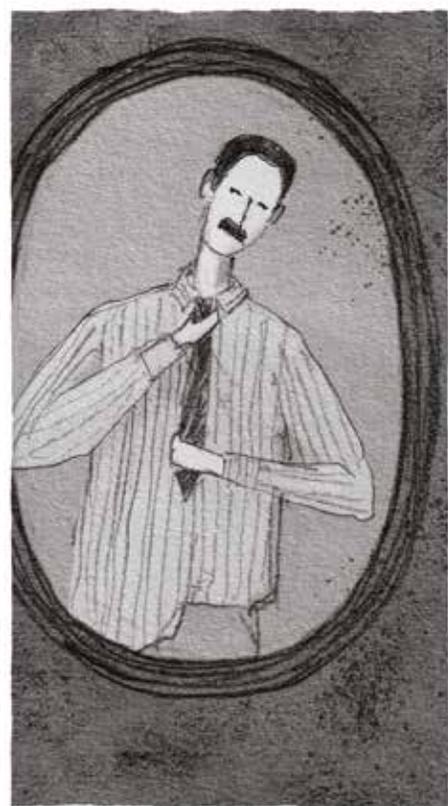
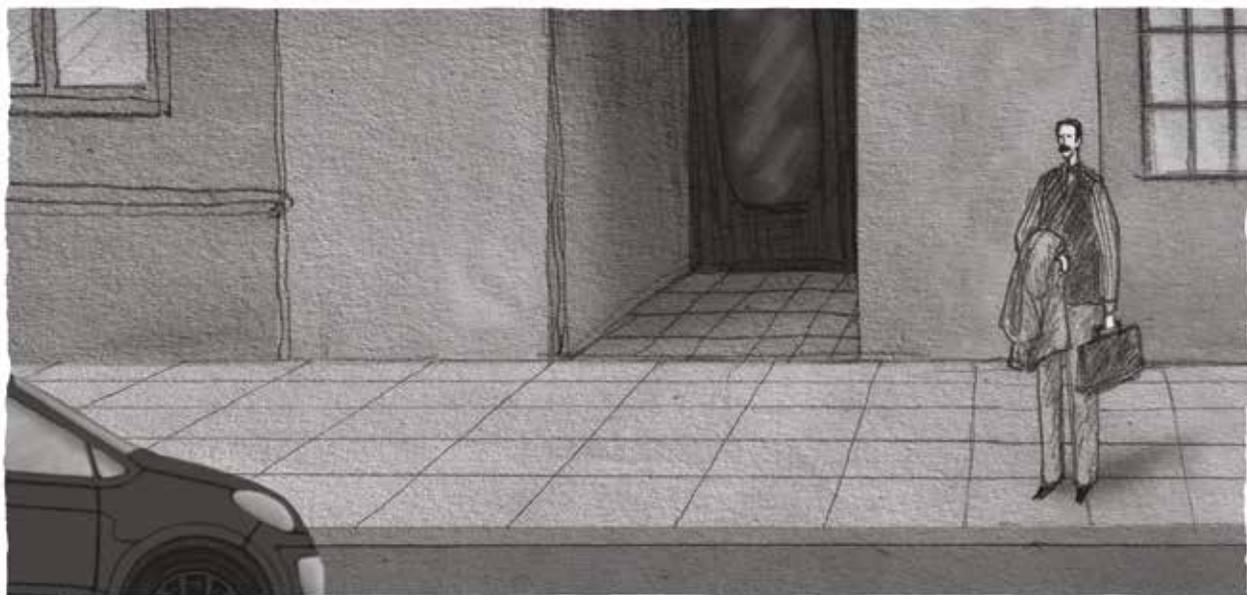


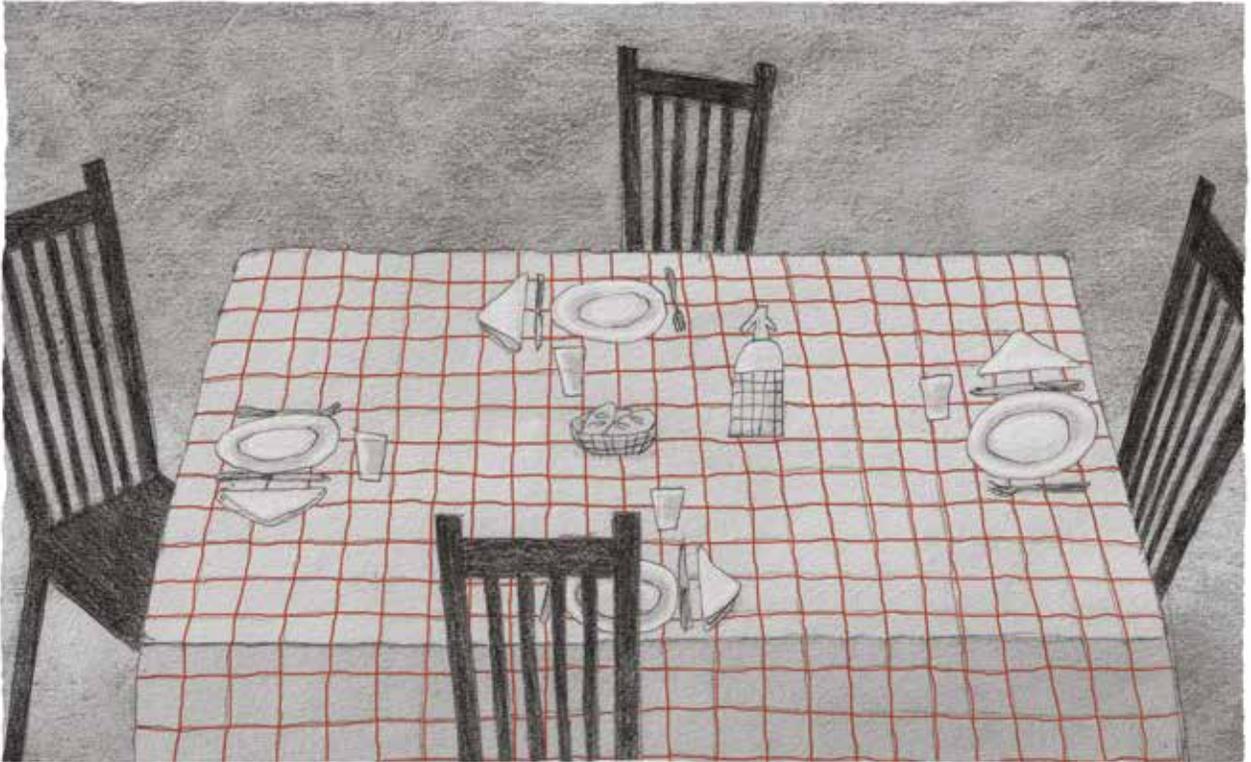
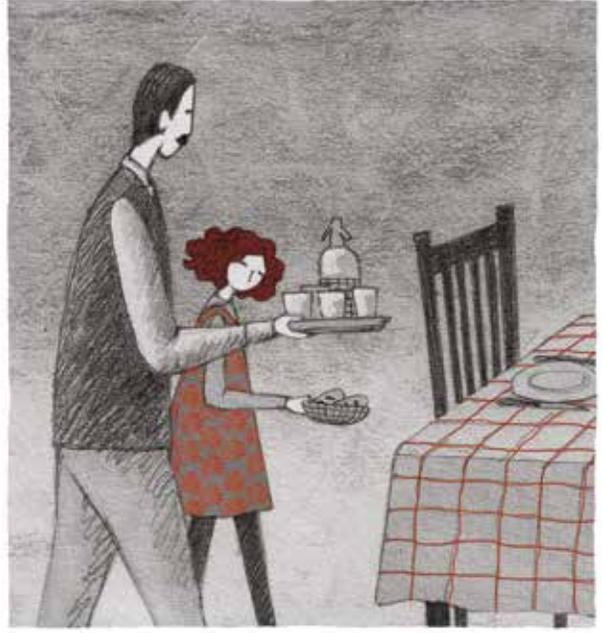


Y bien, aquella furia de mis nueve años quiso ser divina.

Y fue tan decisiva que aún perdura, y soy capaz de revivirla
como si no hubiesen pasado cincuenta años
desde la noche en que el flamante director de la cementera
llegó a cenar a mi casa.

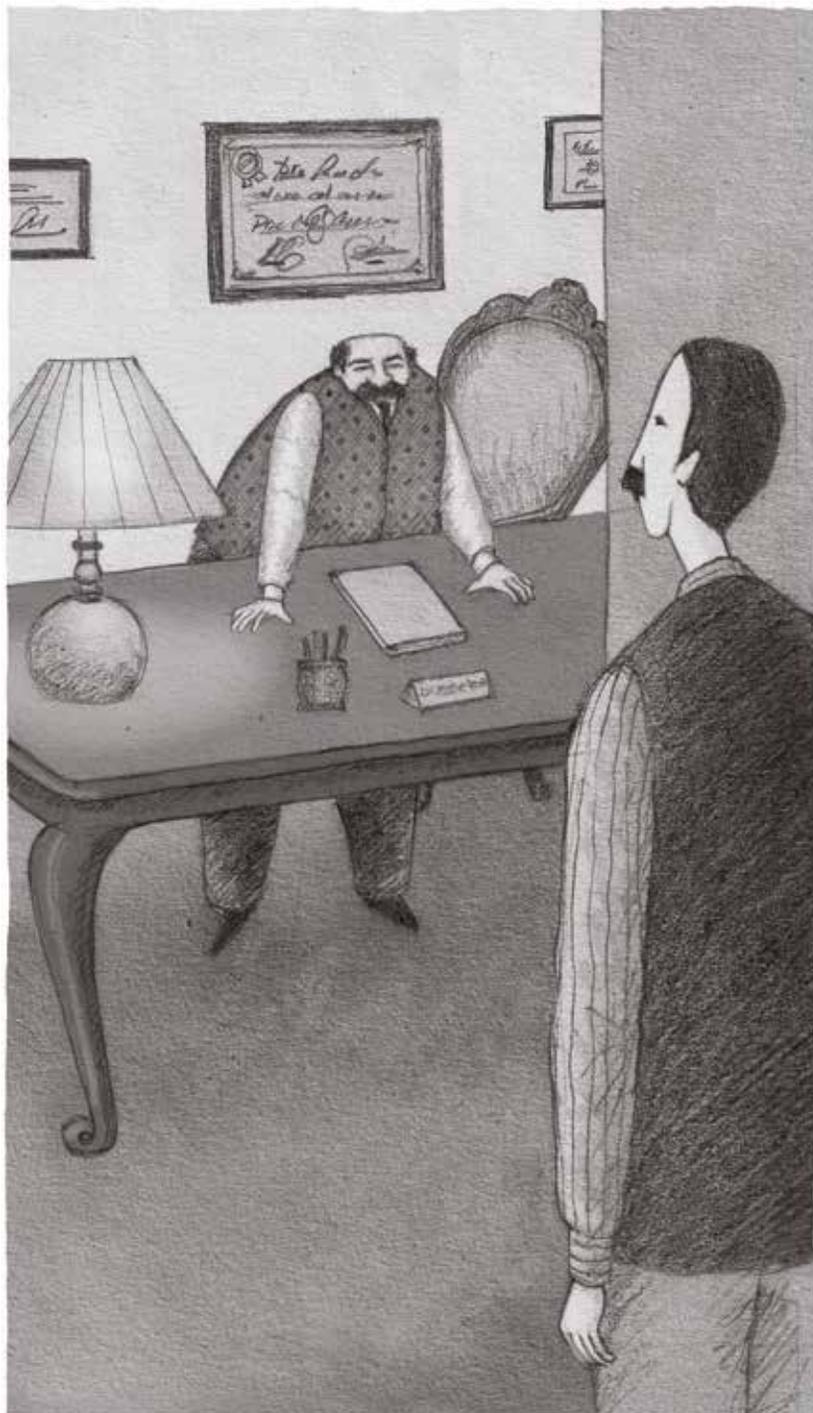




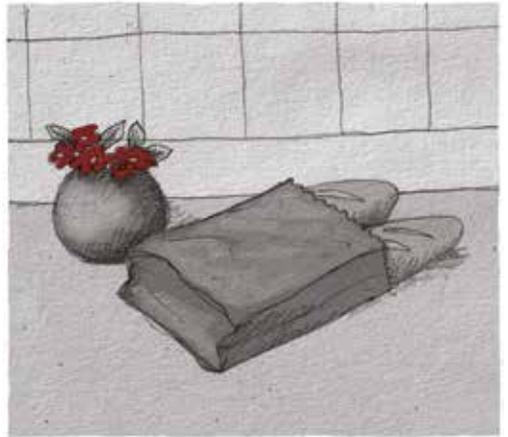
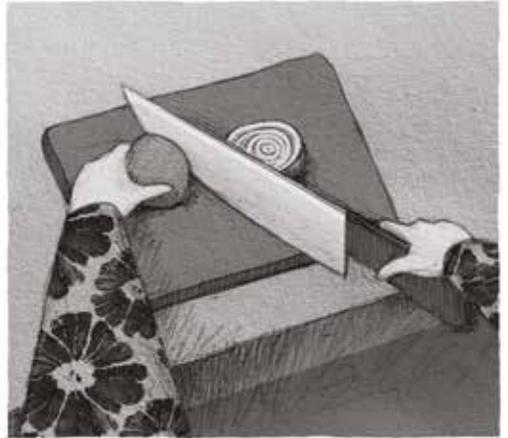
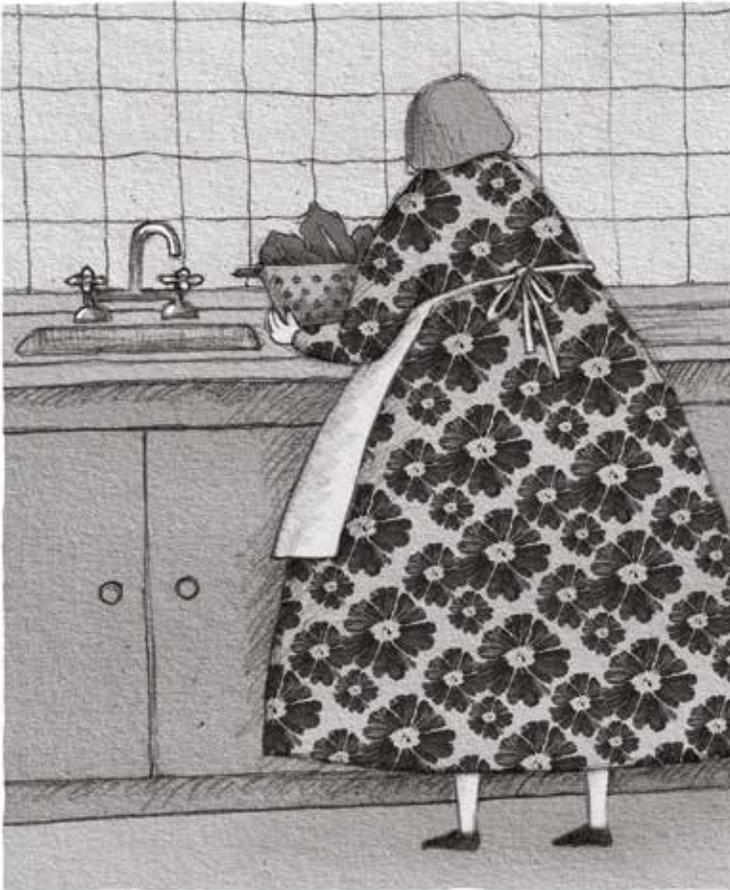
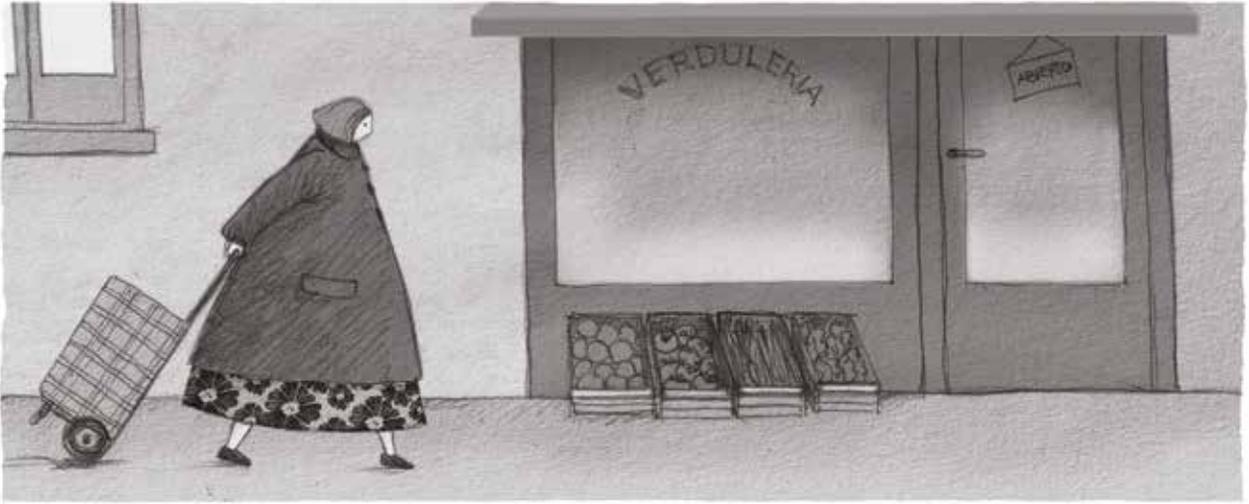


Fue un acto de gentileza por parte de mi padre,
jefe del laboratorio, que por entonces lidiaba con su reciente viudez
y sus viejas deudas, severamente agravadas.

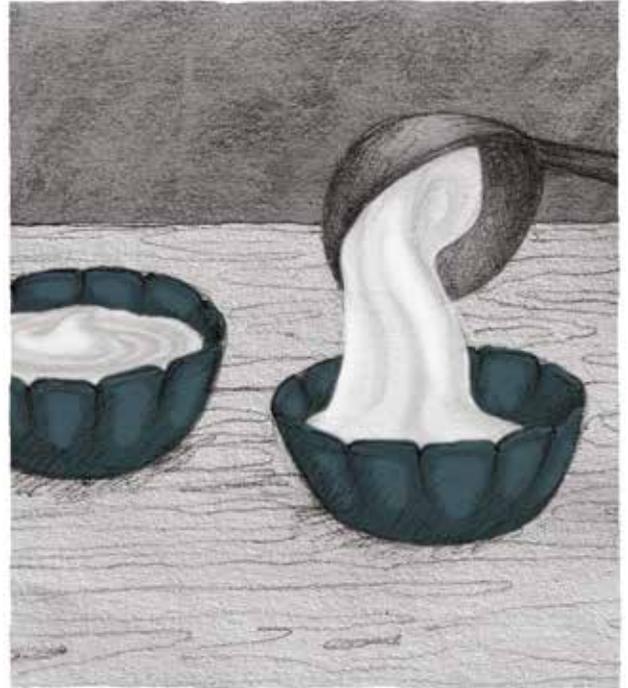
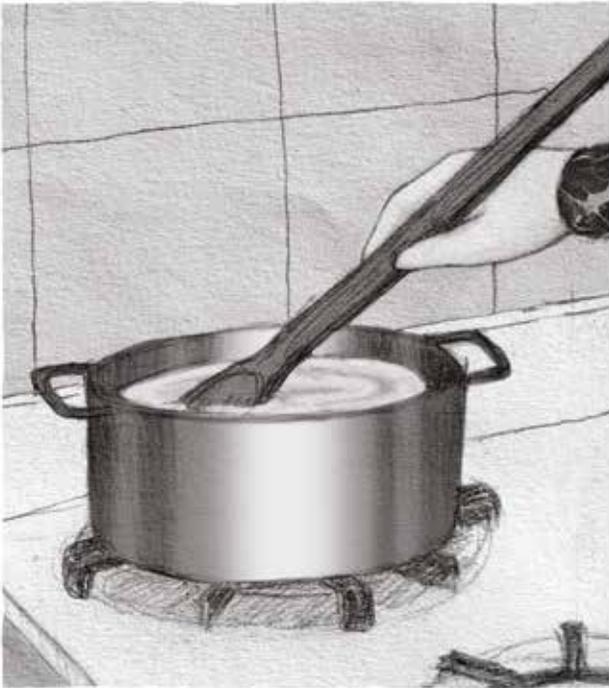
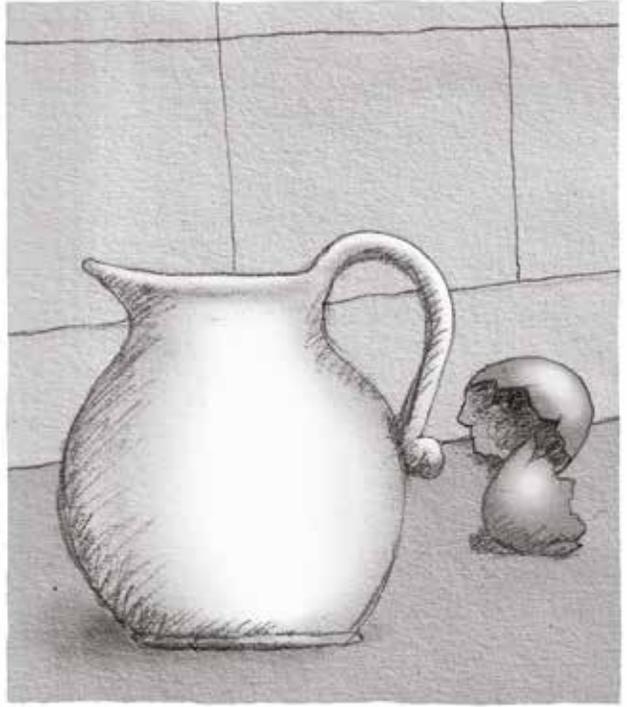
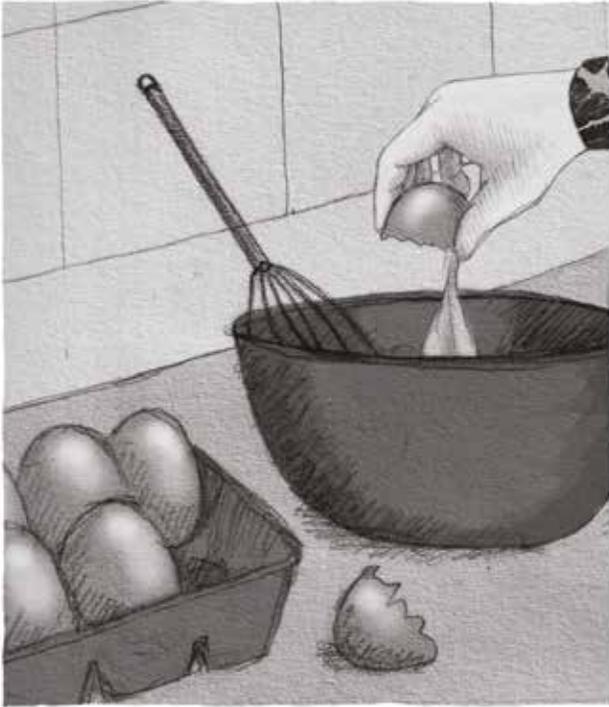




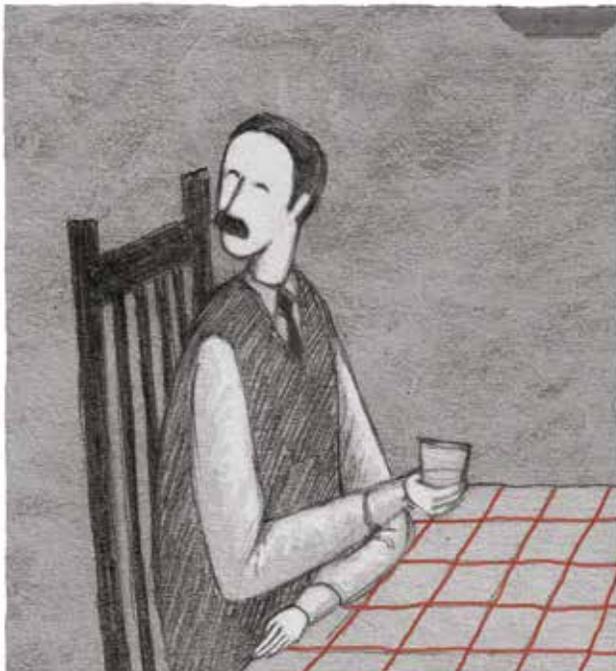
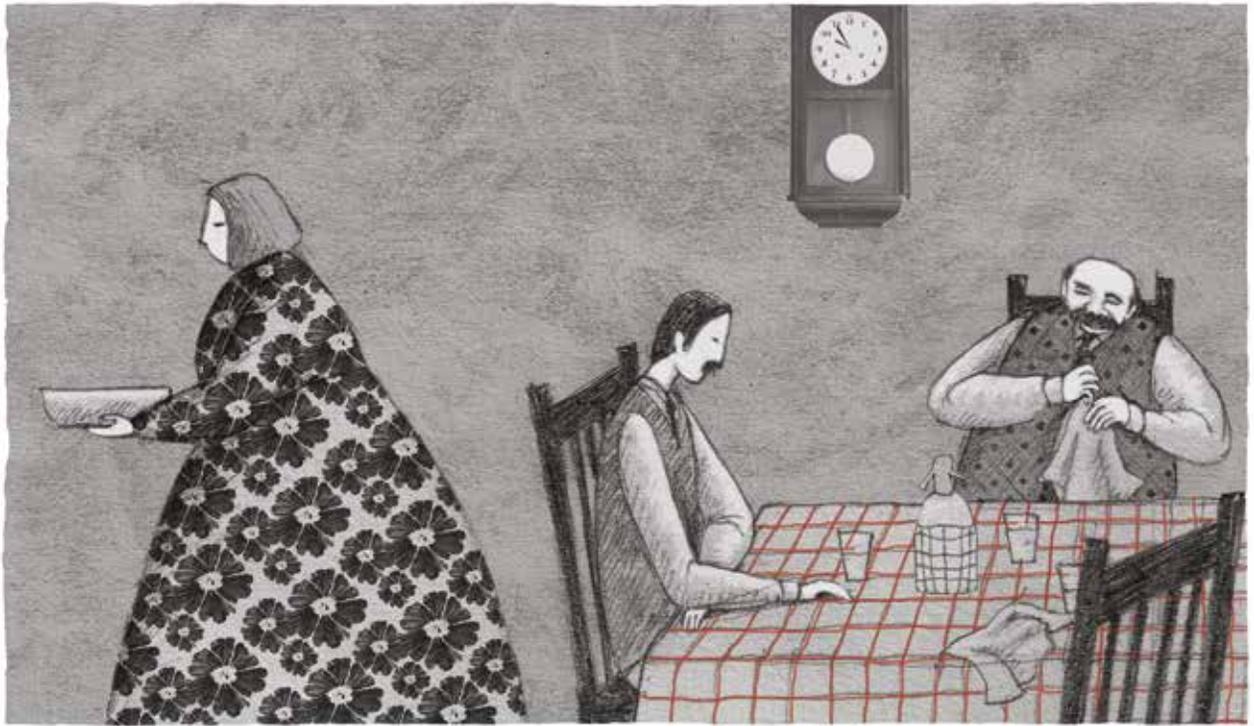
Mi abuela salió al rescate.
La vi lavar acelga,
picar bien finita la cebolla,
la vi acumular una pila de panqueques
y cocinar la salsa con su estofado
durante un tiempo considerable.
La vi poner en agua jabonosa
las flores de plástico
para que lucieran como recién cortadas
de un jardín imaginario.



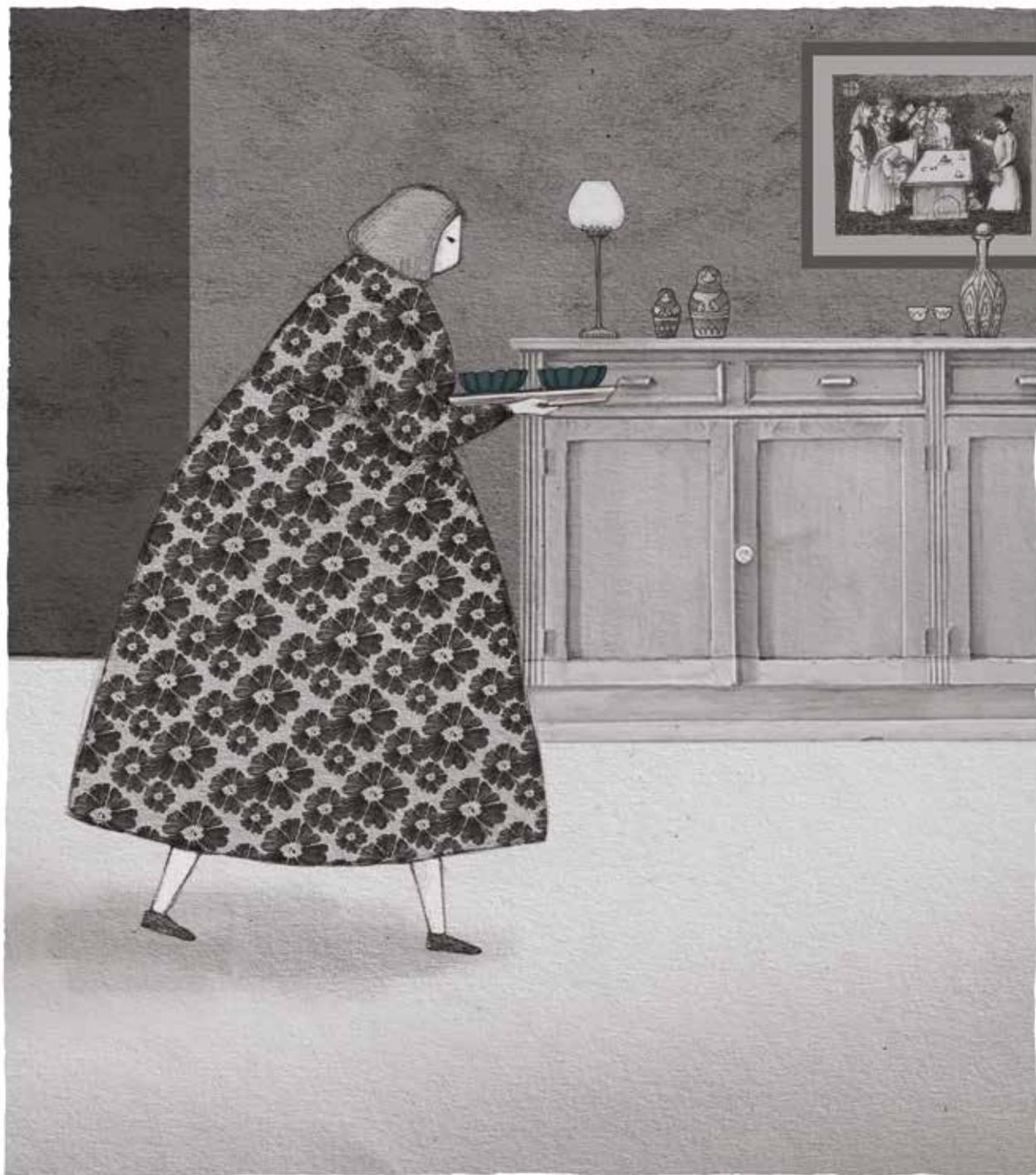
Y, por último,
la vi hacer malabares
para llegar al postre.
¿Cómo no recordarlo?
Esa crema de vainilla,
leche, azúcar, huevos;
con canela, a veces,
o con cascarita de limón...



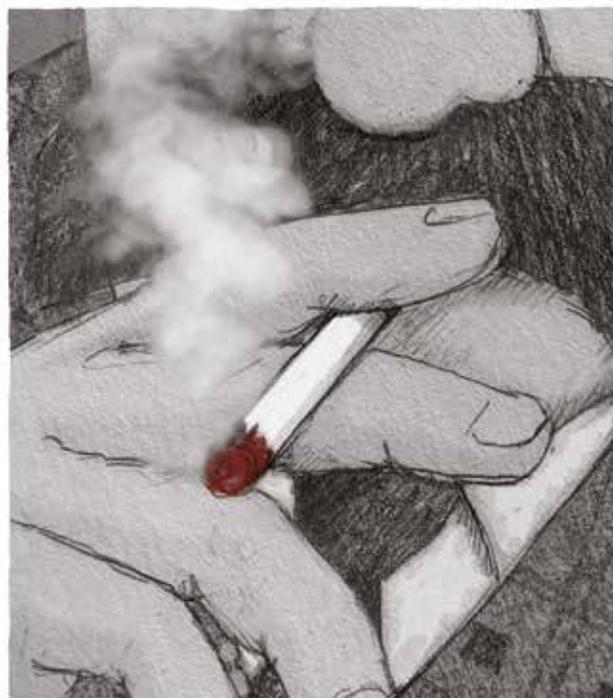
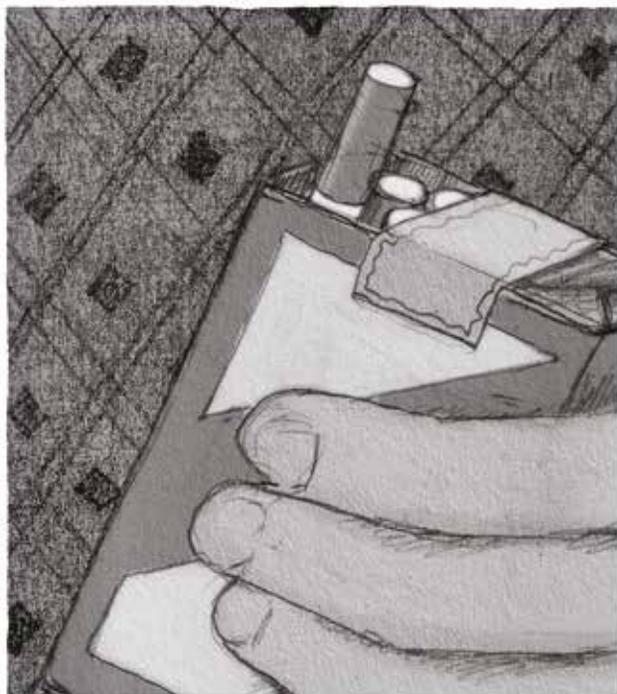




Después de una cena silenciosa y tensa,
llegó el postre y, con él,
mi primer y peor día de furia.

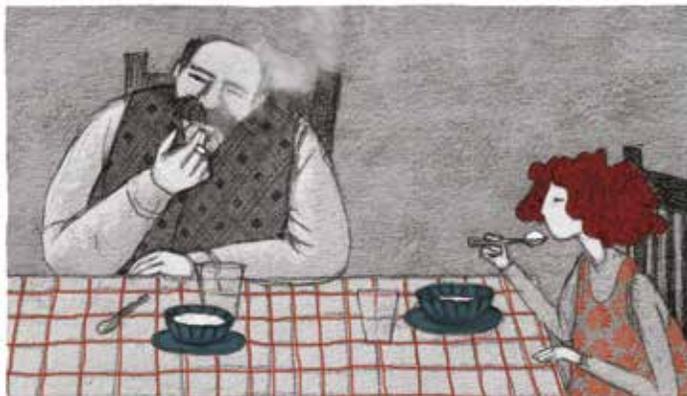


El ingeniero director
encendió un cigarrillo,
asunto que en ese tiempo
era plenamente admisible.

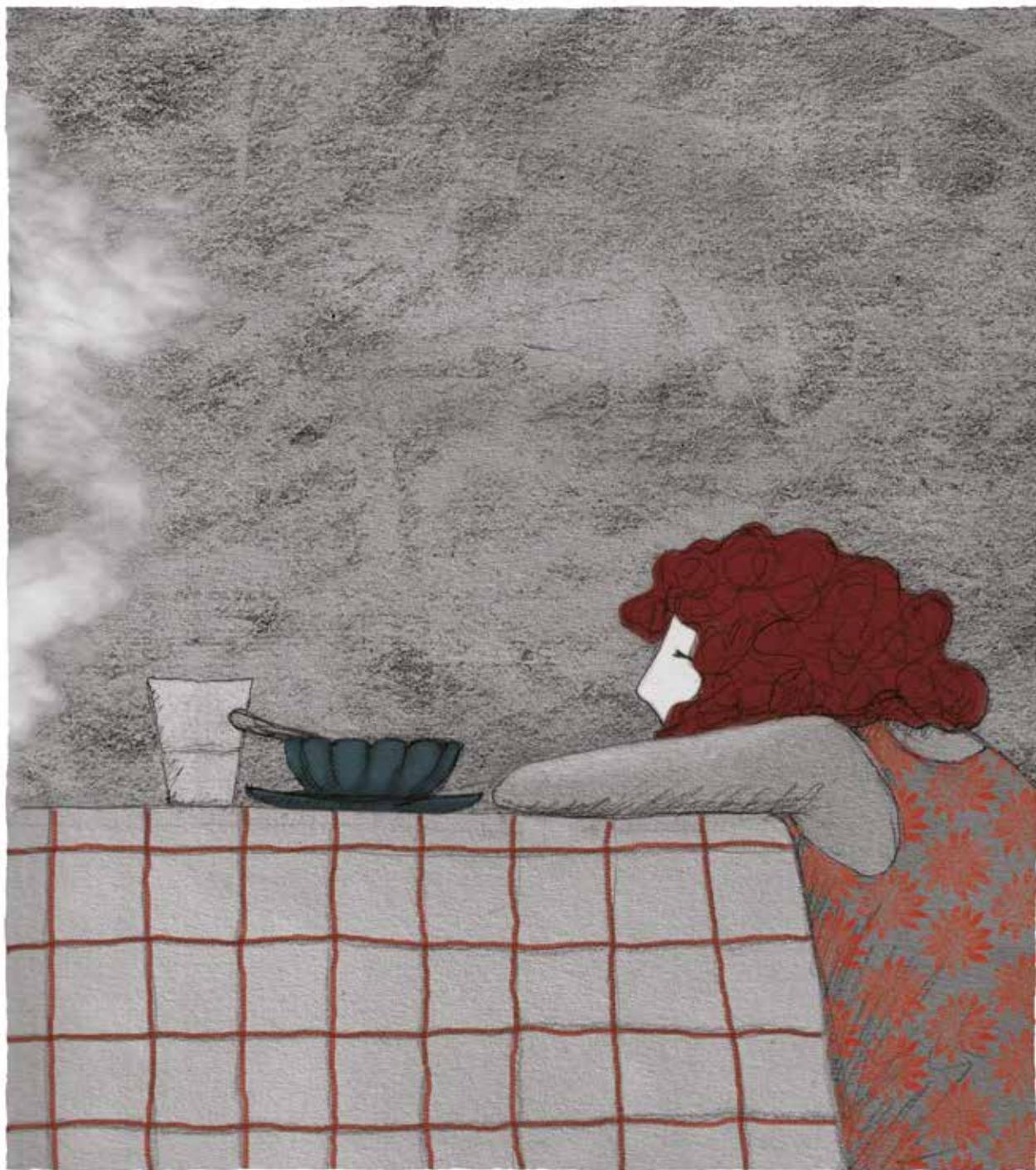


Tal vez por mi estatura, quién sabe.

La cosa es que yo advertí
el desprecio incipiente
en el modo en que apartó de sí
la compotera de vidrio azul,
generosa de crema de vainilla.



Entonces apoyé la barbilla en la mesa,
y me quedé observando, vigilando,
segura de que se avecinaba un mal momento.
Y, en efecto, llegó.





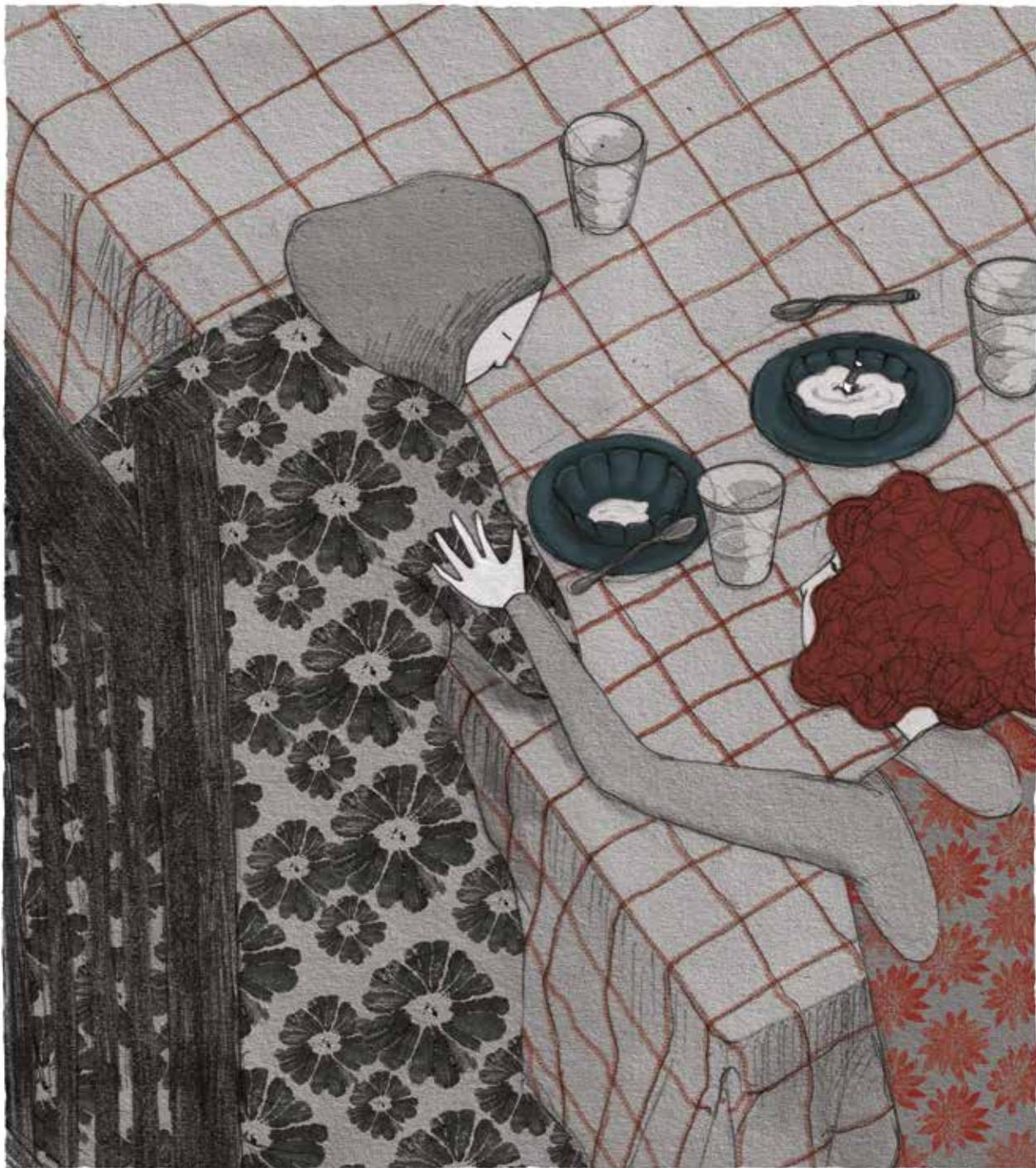
Fue exactamente cuando el ingeniero director,
en un gesto ostentoso,
apagó el final de su cigarrillo en la crema de vainilla
que no había tocado, justo en el centro.



Mi abuela agachó la cabeza.
Mi mundo humillado.

Así como recuerdo la crema,
recuerdo esas lágrimas
que, antes de resbalar, queman.

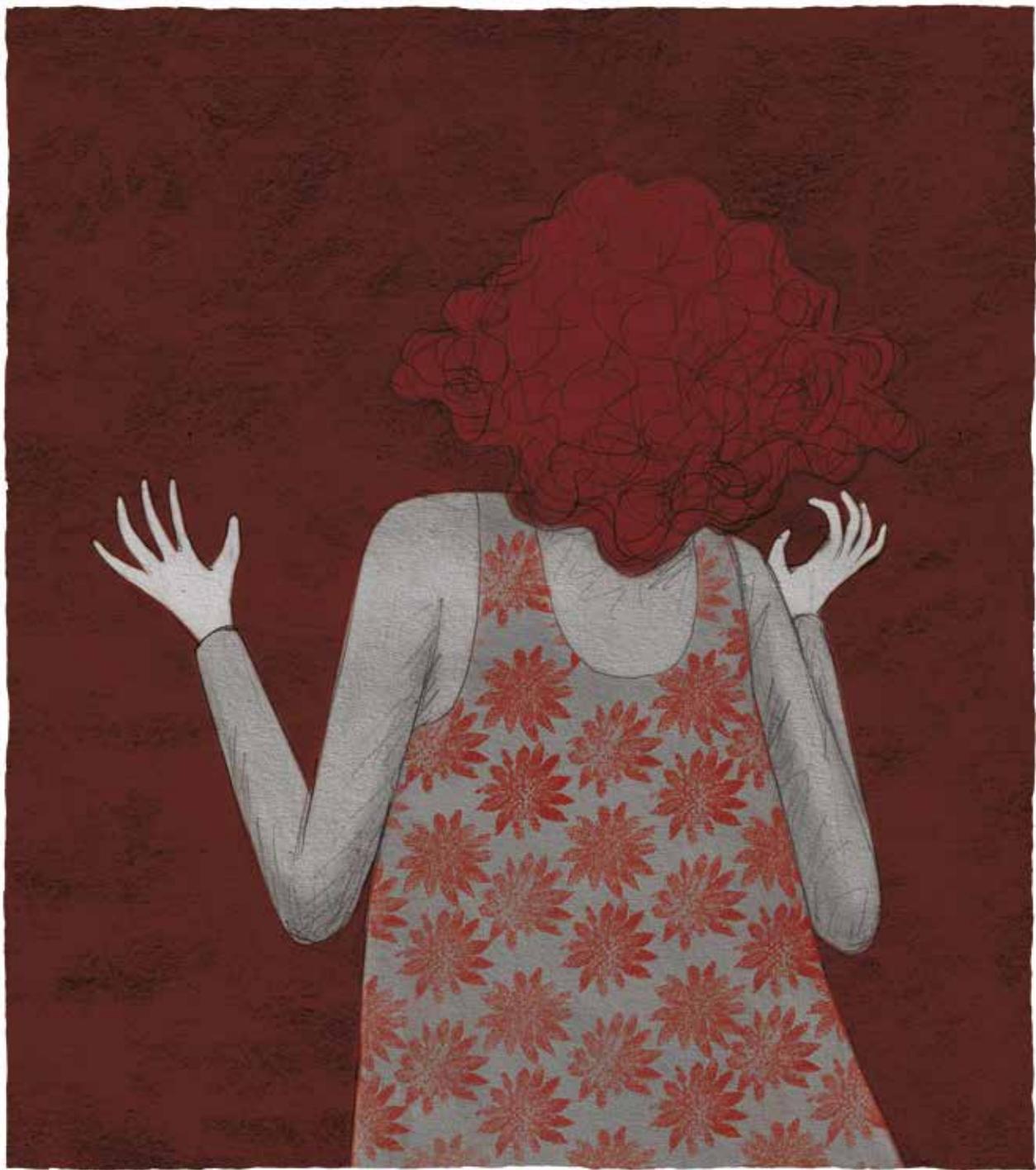
Esa fue mi primera acción.
Y de inmediato se desató
una performance desquiciada.



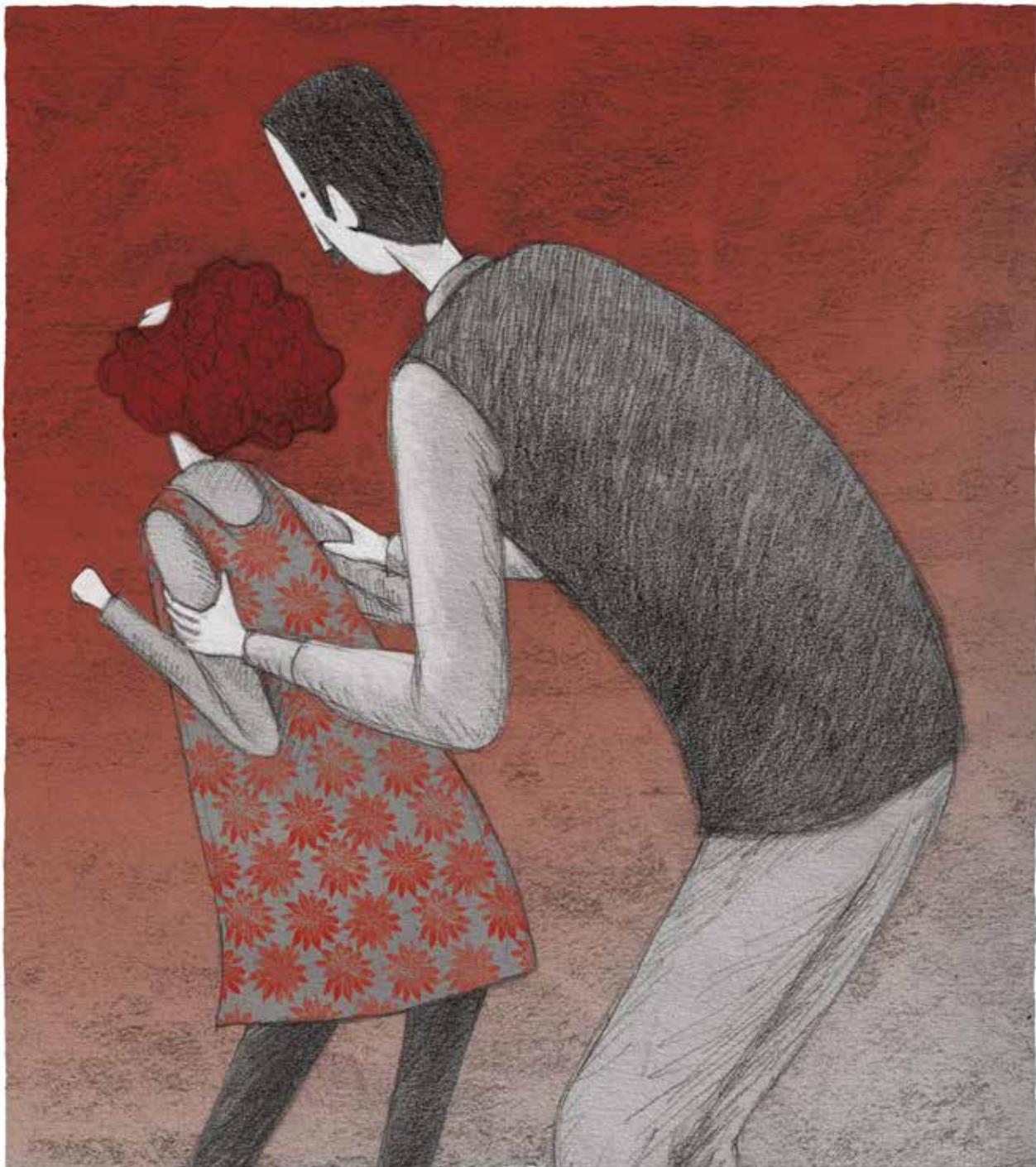


Me paré y di un grito
que debió ser incomprensible para los presentes.
Grité, chillé.





El grito tomaba aire y continuaba.
Empecé a golpear el piso con los pies
y a manotear el aire. Me recuerdo como un animal,
coceando y alzando el cogote.
Indomable aun para mi padre,
que intentaba sostenerme.



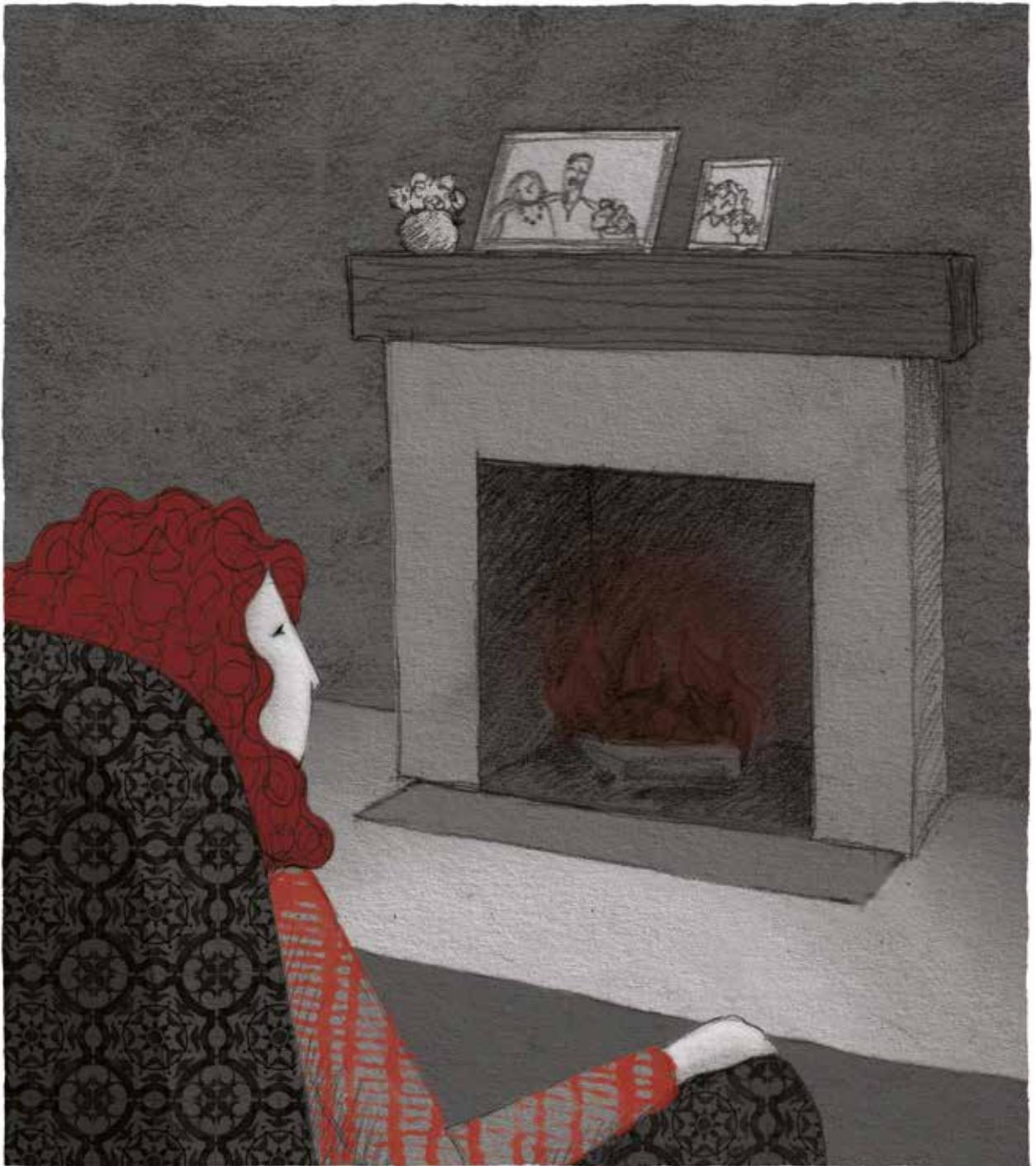
“Hace poco que se murió la mamá”,
dijo mi abuela, a modo de justificación.

Del invitado no sé decir nada
porque no lo veía.

Estuve sola en las cuatro esquinas de la asfixia,
atragantada de palabras desconocidas,
sacudida por el hipo,
modelo de Edvard Munch,
hija de Aguirre.

Así, hasta que la chorreadura de mocos me detuvo en seco.
Mi abuela se disculpó por mí y me llevó al dormitorio.





Cincuenta años después,
no quiero realizar el movimiento
de culpar a mi orfandad
de aquella primera furia;
no quiero quitarle a ese hombre
ni un gramo de responsabilidad.

Al revés, reivindico esa furia como un bautismo.

Me aferro a ese látigo,
sigo escribiendo con la barbilla sobre la mesa,
y escucho el crujido de la brasa
contra la ofrenda.

A usted le hablo,
señor que lo invitamos a mi casa,
yo pienso que si no le gustaba lo dejaba y listo,
yo me lo comía después,
porque mi abuela no tira nada, ni el pan duro,
señor que lo invitamos a comer canelones
y usted apagó el cigarrillo en el postre
que es difícil de hacer
porque hay que estar revolviendo
y revolviendo para que no se agrume,
y después un secreto
para que no se le haga cascarita arriba,
porque si hubiera tenido cascarita
usted no podía apagar el cigarrillo.

(¿Viste, abuela? Fue inútil esmerarte tanto.)

Cuando estoy con la barbilla en la mesa
es porque pienso,
y ahora pienso
que usted va a apagar el cigarrillo sobre la gente,
o “disparen al negro”, que es lo mismo,
o “se habrá desbarrancado”,
o “fueron los indios patas sucias”...
Cuando sea grande
voy a cocinar el postre de vainilla,
porque, señor de mierda,
no todas las batallas hacen ruido.



CUANDO LA FURIA SE HACE PALABRA

Por Galileo Bodoc

Dicen que cuando somos niños se moldea nuestra personalidad, se fijan nuestros gustos y nuestras fortalezas: se construye una forma de ser que nos acompañará toda la vida. Pero también se consolidan nuestros miedos, nuestras debilidades... ¡y nuestras furias!

Cuando leí *Los mocos de la furia* reconocí perfectamente el temperamento que mi madre cargó durante toda su vida. El que le marcó grandes caminos y fue motor de muchas decisiones: incluso la decisión de escribir. Porque la verdad, debo decirlo, es que Liliana vivió y amó con una poderosa furia a cuestas. Y siempre la conservó a mano para desenfundarla cada vez que fuera necesaria o urgente.

Es cierto que la furia no tiene buena publicidad. Parece que conservar la cordialidad siempre, aun ante las injusticias, fuera una virtud... Yo no lo siento así. Por convicción y por herencia, desacuerdo con esa propaganda de los buenos modales. Porque hay furias y furias; unas se alimentan del odio, pero otras se componen desde el amor más profundo: el amor por los demás.

Creo que las palabras de Liliana, mi madre, son las que mejor nos ayudarán a comprender esta idea:

“

La furia, como moneda que es, tiene dos caras: puede ser látigo sobre la avaricia de los mercaderes, puede ser patadas contra las costillas del caído. La furia, como máscara que es, tiene dos muecas; la del oprobio y la de Dios. Habrá que decir que nada se opone tanto y para siempre como las dos caras de una misma cosa, tal vez porque la diferencia es lo único que les da identidad. Soy cruz porque no soy cara. Soy Dios porque no golpeo a un niño. Aunque de lejos sus ademanes se parezcan, hay diferencias constitutivas entre la una y la otra. A mí me gusta pensar en la oposición de los motivos. Los motivos de la furia que llamaré, provisoriamente, divina deben ser entendidos como metáforas. Furia que no tiene un destinatario específico, que no intenta someter a un individuo sino impugnar un mundo. Furia, en cierto modo, como una acción performática y estética que procura desbaratar la conciencia hegemónica, la idiotez hegemónica”.

Con estas palabras, Liliana inauguró un festival literario en la ciudad de Buenos Aires*. Luego, completó su conferencia leyendo el relato de aquella cena con el director de la cementera, ese texto que hoy es este libro. Su lectura vibró en el silencio de la platea, se reflejó en sus lágrimas y estalló en un aplauso que colmó la sala por un instante eterno. Liliana leyó en voz alta su propia furia infantil, y en ese mismo acto, la transformó en ternura.

Así como puedo reconocer a mi madre en este relato, guardo mil recuerdos de su furia desatada. Furia que fue acción y fue palabra. Y ahora me doy cuenta (o, más bien, tomo conciencia) de que esa furia fue una elección de vida, una militancia.

*Festival Internacional de Literatura de Buenos Aires (Filba), 2017.

Nos guste o no, el lenguaje tiene sus límites. Porque una furia y otra furia son tan opuestas en su significado que no parece justo que sean homónimas. Cuando decimos *furia* para referirnos a la violencia, a la venganza, al odio, hablamos de un comportamiento despreciable. Pero cuando llamamos *furia* a la reacción ante las injusticias, la opresión y el autoritarismo, nos estamos refiriendo a una cuestión muy diferente. La primera furia tiene un gran poder: el de destruir. La otra, la furia divina, tiene la posibilidad opuesta: es una furia creativa.

Es la furia que los zapatistas bautizaron Digna Rabia; la furia que iluminó a Maradona para hacer aquellos dos goles a los ingleses, uno por cada isla; la furia de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, transformada en memoria, verdad y justicia; la furia de las mujeres que luchan por la igualdad de derechos, la furia de los pueblos oprimidos que buscan su liberación...

Esa es la furia que Liliana nos enseñó a llevar con orgullo. La furia justa, la furia creativa... la furia divina.

¿Qué sería de la historia sin sus grandes furias?

¿Qué hubiera sido de las revoluciones sin la furia de los pueblos? ¿Cómo se hubiera abolido la esclavitud sin la furia de los esclavos? ¿Qué sería de la democracia si la respuesta a los genocidios no hubiese sido una enorme furia organizada?

Y ¿quién hubiese sido Liliana Bodoc sin su furia?

Si con su furia por la conquista escribió *La Saga de los Confines*. Con su furia por la esclavitud escribió *El espejo africano*. Con su furia por la xenofobia escribió *Presagio de carnaval*, con su furia por los femicidios escribió *Elisa, la rosa inesperada*. Con su furia por el colonialismo escribió *Memorias impuras*.

Si con su furia, preservada durante toda la vida desde aquella actitud irrespetuosa del jefe de su padre, escribió *Los mocos de la furia*.

Así como hizo siempre con su amor inagotable, convirtió su furia en bandera. Y la preservó de la muerte cifrándola en sus historias para que la heredásemos quienes ahora podemos atesorar aquella anécdota infantil como si fuese nuestra; hacer nuestros esos mocos para intentar que ninguna opresión se quede sin su merecida furia por parte de los oprimidos. Nunca más.